

CARLOTA Y EL SECRETO DE LA FUENTE DE LOS DESEOS

Carlota es una niña de 8 años que vive en un pequeño pueblo. No muy lejos está la ciudad, con un hospital enorme. Dentro del hospital está su amiga Inés, que tiene una grave enfermedad. Los padres de Carlota la han acompañado al hospital para visitar a su amiga, porque lleva mucho tiempo sin verla y no sabe como está.

Carlota y sus padres llegaron pronto al hospital y tuvieron que esperar en una sala, que estaba llena de sillas y carteles en las paredes sobre la salud. Como Carlota se aburría, empezó a leer una revista que estaba encima de una mesa. En ella hablaban de una fuente muy bonita que había en Roma, que cumplía los deseos de las personas que tiraban monedas en ella. Cuando terminó de leer la revista, sus padres le dijeron que ya era hora de pasar a ver su amiga Inés.

Recorrieron un largo pasillo con puertas abiertas y al final estaba la habitación de Inés. Cuando pasó a la habitación, vio a los padres de Inés a lado de la ventana. Tenían la cara muy triste. Inés se encontraba en una cama tumbada, llevaba un pijama azul, un gorro de punto rosa y estaba arropada con una sábana. De su brazo salía una goma que llegaba a una bolsa transparente. Aunque se le notaba muy débil, estaba muy feliz por ver a Carlota.

Carlota se trajo un álbum de fotos de cuando eran las dos pequeñas y se rieron mucho al ir pasando las páginas.

Los padres de las dos niñas salieron de la habitación y las dejaron solas. Carlota preguntó a Inés cómo era el estar en un hospital y le contestó que estaba muy aburrida todo el día y que por las noches tenía miedo de los ruidos que se oían en el

pasillo. Las personas que la cuidaban eran muy amables, pero echaba mucho de menos a sus amigas y a su familia.

Cuando terminaron de hablar y de ver las fotos, Carlota salió al pasillo para buscar a sus padres. Los encontró al final del pasillo, al lado de una máquina de bebidas. Cuando se estaba acercando oyó a la madre de Inés decir a sus padres que sólo un milagro podría salvar la vida de su amada hija Inés. Los padres de Carlota no se dieron cuenta de que ella estaba escuchando, volvió corriendo a la habitación de Inés, disimulando lo triste que estaba después de haber oído aquello.

Comenzaron a ver las fotos de nuevo. Mientras tanto, Carlota le contó lo que había hecho en el cole y le dejó algunas fichas que le había dado la profesora para que estuviera entretenida.

Ya era tarde y Carlota se tenía que ir con sus padres. Se despidió de Inés con un fuerte abrazo. Cuando Carlota pasó por la sala de espera se acordó de la fuente de los deseos, y tuvo una gran idea: ir a aquella fuente a pedir que su amiga se curase. Fue corriendo a por la revista y se la guardó bajo la chaqueta.

Durante el camino de vuelta Carlota solo pensaba en cómo podría ir a Roma para pedir delante de la fuente que su amiga se salvara. Cuando llegó a casa cenó y se fue a su habitación corriendo para mirar otra vez la revista. Sus padres subieron para darle las buenas noches y, al oírlos, Carlota escondió la revista rápidamente en el cajón de su mesilla para que no supieran que la había cogido. Los padres de Carlota le dieron las buenas noches. A la mañana siguiente, en el desayuno, Carlota preguntó a sus padres si podían ir a Italia. A ellos les pareció muy extraño y le preguntaron el motivo. Ella cogió la revista y les contó que había leído que en Roma había una fuente a la que todos le piden deseos y ella quería ir para pedirle que su amiga Inés se curase.

Los padres de Carlota se quedaron con la boca abierta y le dijeron que, en la vida real, es imposible que si echas una moneda en una fuente se cumpla un deseo. Carlota subió a su habitación muy triste porque sus padres no la dejaban ir a Roma.

Aquel día era sábado y tocaba comer y dormir en casa de su abuela, que vivía en otro pueblo cercano. Carlota pensó que si le comentaba a su abuela lo de la fuente de los deseos quizás se iría con ella a Roma. Se acercó despacito hasta ella y le pidió ir a la cocina. Una vez allí, le dijo que si se iba con ella a Roma y a la abuela también le pareció muy extraño. Contestó que Roma está muy lejos y le preguntó que para qué quería ir. Carlota, con mucha ilusión, le explicó el motivo: quería salvar a su amiga. Al oírlo, su abuela se emocionó y le dijo que haría todo lo posible para salvar a su amiga, pero que sería un secreto.

Al siguiente sábado, sin decir nada a sus padres, Carlota y su abuela se fueron a la sala de estudio para intentar comprar un billete de avión por el ordenador, pero en la pantalla apareció un mensaje que ponía que, como muy pronto, el avión hacia Roma saldría el 12 de Febrero. Era 14 de Enero... ¡había que esperar casi un mes y, además, Inés estaba muy grave! Pero no había otra opción. Compraron el billete. Durante esos días Carlota no dejaba de pensar en la fuente y en su amiga.

Llegó el 11 de Febrero. Carlota y su abuela prepararon las maletas y se fueron a cenar muy temprano, porque salían el domingo hacia el aeropuerto a las 3:00 de la mañana. Cuando llegó la hora de levantarse, se vistieron muy silenciosamente y salieron de la casa con mucho cuidado para que no se despertaran sus padres, dejando una nota en la mesilla.

A Carlota el camino hasta el aeropuerto se le hizo muy largo. También la espera hasta que salió el avión. Una vez que subieron, Carlota se puso muy contenta al ver que una azafata se acercó a ella y le regaló unas chuches y un dibujo con colores

para pintar. Ella, con mucha vergüenza, lo cogió todo y pronto se durmió. Estuvo durmiendo todo el viaje y se despertó al sentir cómo el avión frenaba al aterrizar.

Carlota y su abuela bajaron del avión y cogieron un taxi. Dijeron al conductor que les llevara a la fuente, señalándole la foto de la revista que Carlota había cogido del hospital.

Los padres de Carlota, que esa mañana se habían levantado más tarde, se sorprendieron de no verla en su habitación y de no encontrar tampoco a la abuela, pero encontraron la nota de la mesilla en la que ponía que se habían ido al parque y que pasarían todo el día paseando por los alrededores del pueblo. Se quedaron tranquilos y decidieron aprovechar para ir de compras a la ciudad.

Tras un largo recorrido, el taxista dijo una palabra muy rara: “arrivati”. Su abuela explicó a Carlota que eso significaba que habían llegado. Ella se emocionó cuando, al mirar a la derecha, encontró una fuente enorme y preciosa, mucho más bonita que en la foto. Decidió echar cuatro monedas de 1 €, una por cada una de las letras del nombre de su amiga. Cerró los ojos y comenzó a tirarlas una a una, pensando en todo momento en ella y tratando de imaginar en su mente la cara de Inés.

Lo había conseguido. Gracias a su abuela, estaba frente a la fuente de los deseos y había pedido el suyo. ¡Su amiga estaba curada!

Tenían que volver. El señor del taxi pitó, indicando así que era hora de regresar al aeropuerto si no querían perder el avión de vuelta. Carlota se hizo una foto con su abuela para poder demostrar a su amiga Inés que habían estado allí.

De vuelta al aeropuerto, Carlota no paraba de pensar con impaciencia en el momento de reencuentro con Inés, en el gran abrazo que le daría, en lo contentos que se pondrían sus padres al ver que su hija estaba curada.

Llegaron a España a media tarde, tras comer un bocadillo en el avión. No podían perder tiempo, porque debían estar en casa antes de anocheecer para que sus padres no se dieran cuenta de lo ocurrido. Tanto Carlota como su abuela disimularon muy bien y nadie descubrió lo que había pasado. Aunque se sentía un poco mal por no haber dicho la verdad a sus padres, tenía que ser así. Salvar a su amiga era lo primero.

Aquella noche, ya en casa, Carlota no pudo dormir. Pensaba en todo momento cómo sería el reencuentro con Inés, cómo habría cambiado su cara ahora que ya estaba curada.

Llegó el momento. Los padres de Carlota le dijeron que era hora de ir al hospital. Al llegar allí, Carlota salió corriendo hacia la habitación donde vio a Inés por última vez. Pero no estaba, aunque sí sus cosas. Sus padres se extrañaron mucho, porque los papás de Inés les habían dicho que estarían allí. De repente, apareció un señor con una bata blanca y un pijama verde. Era el médico. Carlota le preguntó que si conocía a Inés y dónde estaba. El médico, sonriente, respondió: “Inés está en la capilla del hospital, con sus padres”. Ella salió corriendo. Recordaba dónde estaba la capilla porque la había visto el día en que fue a visitar a Inés cuando iba con sus padres hacia la salida del hospital; también recordaba que ese día, al pasar por la puerta, tras acordarse de las oraciones que rezaba con su abuela, había pedido que se produjera el milagro que sus padres habían dicho que hacía falta para salvarla con la ayuda de los médicos y las enfermeras. Cuando llegó, vio a Inés en el primer banco y corrió hacia ella. Estaba completamente diferente desde la última vez que la había visto. Le había crecido el pelo, su cara tenía un color rosado y sus ojos estaban muy brillantes. Las dos se abrazaron muy fuerte. Carlota iba a contarle todo, pero Inés le puso el dedo en su boca, le guiñó el ojo y le enseñó discretamente la foto de

ella en la fuente de los deseos. Su abuela se la había mandado antes. No hubo más palabras sobre ese maravilloso viaje a Roma. Sería su secreto. El secreto de las tres.

FIN

Pikita